

# ÉTICA Y ESTÉTICA, DEL INDIVIDUO A LA SOCIEDAD Y VICEVERSA

## Un recorrido histórico

(Cuarta entrega)

F. MORALES LOMAS

*Ética y estética son lo mismo.*

WITTGENSTEIN

No siempre se ha contemplado al ser humano como tal a lo largo de la historia de la humanidad. Su concepción propiamente humana podríamos decir que nace en la edad moderna. En épocas históricas anteriores el ser humano vivió durante mucho tiempo con el estigma de los dioses que construían su propia limitación. El politeísmo y sus mitos diversos estudiados, entre otros por Mircea Eliade, nos advertían de que el ser humano no tenía vigencia por sí mismo. No participaba de libertad alguna sino que vivía en una permanente dependencia del politeísmo reinante, cuando no del rey o emperador de turno –que encarnaba las veces del dios al uso- o esclavo de un patricio que actuaba de amo o propietario. El desarrollo de las civilizaciones de la antigüedad tienen plenamente su sentido desde el sistema esclavista socioeconómico pero también religiosamente desde esa esclavitud de pensamiento que representa la dependencia de los dioses. Ni existe el pensamiento (la razón siempre es una razón prestada porque vive de fuera, no nace del propio ser humano, que no es nada) ni existe la libertad para ser (fundamento de cualquier humanismo).

En la cultura homérica es evidente esta visión cercenada. Los actos de los héroes homéricos no nacen de sus acciones porque estas están determinadas por seres ajenos que gobiernan sus vidas. Seres que tienen una mitología creíble y aceptada.

Una época de transición precisa se produce con la aparición del teatro griego. Sin embargo, todavía (sobre todo en Esquilo) el rastro de Homero está presente y los mitos se adentran en la conformación de un ser humano dependiente. Esta sensación de sumisión y falta de libertad se hará presente en menor medida en algunos héroes de Sófocles (por ejemplo en *Antígona*) o en heroínas del teatro de Eurípides (por ejemplo, en *Medea* o *Electra*). En estos últimos casos percibimos ya la cercanía de Sócrates, el primero que se arriesga a introducir al hombre desligado del politeísmo reinante. De hecho Sócrates será un asiduo del teatro de Eurípides. Ese primer encuentro del hombre con el mundo sin la dependencia interna del dios o los dioses al uso genera un primer miedo. Miedo al vacío, a no tener ese hilo conductor con el dios. Sin embargo, todavía Sócrates, Platón o Aristóteles están en una fase de la civilización donde todo son preguntas y existen muy pocas respuestas.

Pocas variantes introduce el monoteísmo. Durante muchos siglos, hasta llegada la edad moderna el dios y su institución en la tierra, la Iglesia, lo ocupan absolutamente todo. El ligero aire de independencia que se adquiere con la filosofía platónica y aristotélica se sumerge de nuevo en las tinieblas de la férula que crea la institución religiosa. El ser humano no es nada, no es nadie porque solo tiene vigencia en Dios. Es Dios quien lo ha creado y rige su destino.

Solo durante el Renacimiento surge el ser humano como individuo. Lo privado adquiere una fuerza determinante –tras el ascenso determinante de la burguesía- y se pasa de una época en la que el centro es Dios a otra en la que el centro va a ser el ser humano en toda su dimensión, pero sobre todo el ser humano que trabaja, el ser humano como *animal laborans*.

Este nuevo cambio de rumbo se hará más determinante con Rousseau, acaso el eslabón que, en la época moderna, crea el intrusismo de la subjetividad y la rebelión del corazón. Rousseau es el primer teórico de la intimidad. Surge así la dicotomía individuo/sociedad y se descubre la intimidad (vía los escritores románticos) como una forma de exaltación del yo frente a lo social o lo político. Todo el discurso de Kant se sostiene sobre esta dicotomía. El conocimiento deviene una forma especial de actividad de elaboración del objeto. Las categorías dependen del sujeto, son instrumentos mediante los cuales el sujeto elabora el mundo de los objetos a través de la experiencia. Esta dicotomía está en el origen de lo privado y lo público, de la esfera contemplativa y la esfera activa o de la esfera artística y la esfera social. El hombre durante el romanticismo (salvo casos excepcionales como el de Espronceda, que sintetizaría a mi

modo de ver el humanismo solidario en una etapa arcaica) defiende únicamente la esfera privada, la esfera individual, la esfera contemplativa, la esfera artística. De hecho, para Rosseau, lo social y lo privado son modos subjetivos de la existencia. Todo lo que represente lo público, lo social, lo político o lo activo queda relegado. De hecho, todavía hoy día hay escritores que dicen que un poeta no puede hacer poesía social, que un poeta no puede ejercer una corriente de pensamiento que se llame “HUMANISMO SOLIDARIO” porque eso generaría una traición a ese pensamiento subjetivo, a esa esfera privada que debe conservar el artista, el escritor, el poeta. El romanticismo descubre la intimidad y en él la exaltación de esta es el culmen del hombre burgués. La burguesía se ha asentado definitivamente en la sociedad. Esta está bajo su control.

Los movimientos de vanguardia representaron por primera vez durante el siglo XX una ruptura con el espíritu burgués reinante, un esparcimiento en algunos casos y un claro enfrentamiento ideológico y social que se vive de un modo muy especial en el seno del movimiento surrealista en torno al comunismo: Breton y Louis Aragon *versus* Dalí... Pero el surrealismo es todavía una clara exaltación de esa intimidad exacerbada, lo que yo llamaría la superestructura de la intimidad, de lo individual en el caso de Dalí pero con tendencia a lo social en los otros dos escritores que le permiten un acercamiento a la revolución marxista, una evidente exaltación de lo social en detrimento de toda la esfera individual.

Entre estos dos polos, lo individual y lo social, se moverá el artista, el pintor, el escritor (algunos como Picasso toman claramente una síntesis entre ambos, también lo hacen escritores como César Vallejo o Miguel Hernández y, más adelante, el Equipo Crónica, Antonio Saura...). Es la época de entreguerras y aparece el concepto de compromiso literario y el existencialismo de Sartre, que cataloga como un nuevo humanismo. En estos momentos el arte (esa creación de la esfera individual, privada, artística, contemplativa) se convierte en un instrumento para transformar la sociedad: “La poesía es un arma cargada de futuro”, dirá Celaya.

Esta visión en la que lo social se adueñaba de lo privado y convertía la creación en un sucedáneo de lo público no satisfizo a muchos en las generaciones posteriores. El éxito de la poesía de la experiencia estará en saber sistematizar ambos conceptos: subjetividad y objetividad, lo privado y lo público, la esfera contemplativa y la esfera activa, el artista y el *homo social*. La poesía de la experiencia supuso una fusión entre la subjetividad y la objetividad. Ahí estuvo su acierto. Siempre creyó en el realismo, siempre mantuvo que la conquista del ser individual es lo más complejo que le puede

sucedier al ser humano y quiso construir la cuadratura del círculo: desde la izquierda «reconstruir» el sentimiento y al individuo, dos pecados mortales de la burguesía; dos pecados que siempre combatió el comunismo. Aquí radica el hecho sorprendente no suficientemente analizado por los más conspicuos seguidores de esta corriente: cómo desde la izquierda se ha recuperado un concepto (el sentimiento y el individuo) que había pertenecido desde el siglo XVIII a la burguesía y a su sistematización teórica con el kantismo.

Sin embargo, el HUMANISMO SOLIDARIO aspira en el siglo XXI a algo diferente. No considera al individuo como algo ajeno a la sociedad sino como parte integrante de esa sociedad. Su propuesta estética, como diría Wittgenstein al que sigue Eugenio Trías, es ya toda una ética. No podemos asumir la esfera privada, individual, contemplativa como algo completamente ajeno a la esfera pública, social, solidaria (porque solidaridad viene de adhesión a la causa de la comunidad). Pero no como instrumento. El artista, el escritor... no lo entiendo como un instrumento de una sociedad que vive ajena a él sino como una comunión en la que nada es sin lo otro. Y en este sentido, como dijo Kant en la *Crítica del Juicio*, la belleza (el texto pictórico o escrito) se convierte en un símbolo moral.

Citando la maldad de otro escritor decía Julio Cortázar que los escritores comprometidos lo que deberían de hacer es casarse. En el fondo está en contra del compromiso del escritor porque, para él, lo cercena, lo delimita, crea un espacio cerrado que no debería existir ante la amplitud de la realidad (es una visión que existe en muchos creadores). Sin embargo, el pensamiento de Cortázar solo tiene sentido si lo analizamos desde la perspectiva de un escritor que ve ese compromiso en la Francia de los 60-70 al hilo de lo que había sido el compromiso sartreano, algo que no es lo que predicamos los seguidores del Humanismo Solidario. Que no creemos en la instrumentalización de la literatura pero que aspiramos a una literatura, a una pintura, a una escultura en la que el hombre esté presente en toda su dimensión como centro, en toda su heterodoxia creadora, en todo su rico mundo. Un nuevo hombre que aspire a una sociedad más justa en la que no haya necesidad de generar esta eterna dicotomía entre lo individual y lo social, lo contemplativo y lo activo, lo privado y lo público.